

algunos meses, le respondió el Cura tranquilamente, como si le esperase para una fiesta.

—¡Ay! amigo querido, es cierto que ha cumplido Ud. lo que pensó; pero también es cierto que se ha realizado lo que le pronostiqué.

—¿Qué importa la muerte, cuando la conciencia está tranquila, cuando se ha legado á un país su libertad? porque esta revolución que yo he iniciado, ya no terminará sino con la independencia de nuestra patria.

—¡Oh! no, no terminará, mientras haya corazones nobles y honrados de mexicanos, Don Miguel, se lo juro á Ud., mientras cada hombre tenga un amigo, un hermano á quien vengar, exclama el valeroso y honrado insurgente.



CAPITULO IX

DE LO QUE PASABA EN EL PUEBLO DE DOLORES

LA NOCHE DEL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1810.

Eran las once de la noche. Reinaba un profundo silencio en toda la extensión del pueblo de Dolores. Ni un rumor, ni una luz, ni nada que indicase que alguno de sus habitantes estuviese despierto. Sin embargo, en una de las ventanas del edificio más vasto, cuyas sombras se destacaban algo más imponente sobre el techo de las demás casas, se veía brillar una luz tenue, vaga, como la que produciría una lámpara próxima á extinguirse.

¿Qué escena alumbraba aquella modesta luz?

¿Quién velaba á horas tan avanzadas

de la noche en aquel aposento del pobre Curato?

De repente la profunda calma de la noche fué turbada por las pisadas de un caballo que se acercaba, interrumpiendo la solemne monotonía de las calles.

¿Quién tan á deshoras interrumpía el silencio?

Si era un viajero, debía ciertamente seguir adelante su camino, porque nada indicaba que en aquel miserable pueblo hubiese una posada, y en todas las casas dormían profundamente.

¡Pero es tan triste caminar durante la noche! sin ver los sitios que atrás se van dejando, sin que las bellas perspectivas que se van contemplando diviertan la amargura del corazón, que á medida que camina se aleja del hogar querido del país natal, donde se quedan madre, hermanos, amigos, cuanto se adora en la inmensa playa de la vida, ó bien no se pueden reconocer los sitios queridos que volvemos á atravesar después de una larga ausencia, aquellos lugares que nos hablan de un pasado más feliz, de nuestra dulce infancia, recuerdos de objetos queridos, ya perdidos para nosotros, que de su vida sólo han dejado una tumba en la tierra y una eterna imagen en nuestra memoria.

El ruido se fué haciendo más distinto. Eran, en efecto, las pisadas de un ca-

ballo, que conducía un jinete cuya fisonomía no se podía reconocer, porque la velaban las densas sombras que inundaban el espacio.

—¡Qué noche tan oscura! no se ve uno ni las manos, y si no viera yo las sombras y los bultos de las casas, creería que todavía me encuentro en el camino real, murmuró el viajero. Me he extraviado completamente, no sé si ya he llegado ó todavía me encuentro lejos de San Miguel el Grande; este pueblecillo no debe ser, según las señas que ayer me han dado. Pero estoy seguro, continuó el jinete, hablando consigo mismo, que he pasado á Fernando ya, porque hace cinco días que me llevaba solamente cuatro horas de ventaja, y yo he corrido día y noche casi sin cesar, siguiendo el mismo camino. ¿Qué le habrá sucedido? En las primeras postas me decían que lo habían visto pasar; pero debe haber cambiado de ruta, porque en aquel pueblecito me dijeron que hacía sólo una media hora que había pasado por allí, y yo he lanzado mi caballo al galope, sin que á pesar de ello le haya dado alcance. ¿Cómo se llamará este pueblecito? Debe ser tal vez Dolores. ¿Pero cómo saberlo seguramente para seguir el camino ó detenerme? Todos duermen profundamente. ¿Llamaré á la primera puerta que encuentre? porque mi caballo es imposible que

avance más sin caer muerto, ha hecho más de lo que yo me esperaba, y el buen fraile nunca sabrá la clase de prenda que perdió. Más ¡ah! ya distingo allá una débil luz; ¿pero me da esa luz derecho para procurar penetrar en el aposento que ilumina? Acerquémonos á ese edificio, que debe ser el curato, porque está cerca de una iglesia, y veamos si nos quieren dar posada.

Por este diálogo que el jinete ha sostenido consigo mismo, el lector habrá conocido á nuestro camarada Gil Gómez, á quien dejamos corriendo detrás de Fernando, después de haber hecho pagar demasiado caro al franciscano el mal rato que le dió, haciéndole cargar con el fuerte caballo y ochenta resos más de gajes.

Gil Gómez se había detenido precisamente enfrente del edificio donde veía brillar la luz, y se preparaba á buscar su puerta para llamar, cuando se quedó mudo, procurando fijar su atención.

Le parecía haber oído un ruido interrumpiendo el quietismo sombrío de las calles.

Era el galope precipitado de un caballo que se acercaba.

Se conocía desde luego que su jinete, aunque le guiaba por la obscuridad, conocía perfectamente el camino y anhela-

ba acercarse al edificio, cuya luz parecía ser en esta negra noche el faro de los caminantes: parecía que además de las sombras, una fuerte idea lo preocupaba, porque no distinguió el bulto que formaban Gil Gómez y su caballo, y continuó su precipitada carrera en la dirección y en la misma línea en que éste se había detenido.

Cuando el joven quiso hacer á un lado su caballo, ya era tarde, porque el del presuroso incógnito jinete, se chocó con él tan violentamente, que los dos animales se encabitaron, y los dos jinetes cayeron al suelo, sorprendidos por aquel brusco y violento choque; profiriendo un enérgico voto.

—¿Quién diablos va? preguntó un acento varonil y colérico, haciendo además llegar á los oídos del molido joven un sonido bastante expresivo, el de un gatillo de pistola que se monta.

—Esa misma pregunta hago yo, ¿quién diablos va que así atropella á los jinetes que están parados? dijo á su vez Gil Gómez, sacando de la vaina su enorme espada.

—No tengo que dar cuenta á nadie de mis acciones, dijo la misma voz con acento irritado.

—Pues lo mismo digo yo, continuó el joven,

—Pero á mí me toca averiguar qué hace Ud. en este sitio, ó de lo contrario....

—Pero á mí no me acomoda decirlo, interrumpió el joven.

—Pues me lo va Ud. á decir ahora mismo, continuó el incógnito viajero acercándose á Gil Gómez, y apuntando con una pistola en la dirección en que se encontraba.

—Eso lo veremos, dijo éste poniéndose á su vez en guardia con su aún virgen sable.

¿Gil Gómez era acaso tan valiente que así despreciaba el peligro?

Hasta ahora no lo hemos podido conocer, porque hasta aquí ha sido un niño y no se ha presentado ninguna ocasión en que probarlo; pero indudablemente lo es cuando conociendo que seguramente lleva la peor parte, espera, sin embargo, sereno á un enemigo, que por su acierto y sus modales indica que debe ser terrible; cuando él espera con una espada á un hombre que lo amenaza con una pistola.

El desconocido iba á hacer fuego y á tender muerto indudablemente á su inexperto enemigo; pero se detuvo, reflexionando tal vez que el ruido del tiro podía causar una alarma, que á él por razones que pronto sabremos, no le convenía de ninguna manera; así es que sacó también su espada y se acercó completamente,

La lucha se trabó en medio de la obscuridad y la calma más profunda.

Gil Gómez conoció al primer tajo, que tenía que habérselas con un adversario terrible y muy diestro en el manejo de una arma con que él combatía por la primera vez de su vida; pero la obscuridad de la noche le favorecía y no cesó ni una pulgada al principio. Las espadas se chocaban de una manera terrible.

El desconocido avanzaba tanto y permitía tan poco que se le acercasen, que Gil Gómez se vió obligado á retroceder primero un solo paso.

—¿Pero qué hacía Ud. aquí, frente á la casa del señor Cura, á estas horas tan avanzadas?, preguntó el desconocido sin dejar de atacar al demasiado atrevido joven.

—¿Qué hacía yo? pensar si llamaría á la puerta para pedir hospitalidad, respondió el joven defendiéndose lo mejor que podía; pero sin poder atacar á aquel enemigo tan vigoroso.

—Eso no es cierto.

—Yo nunca miento.

Y siguieron batiéndose con doble encarnizamiento.

¿Qué va á ser de ti, pobre niño, que por vez primera en tu vida te defiendes de un adversario tan terrible, que quién sabe por qué casualidad providencial no te ha destrozado ya completamente,

¿Qué va á ser de ti, que no has cometido más crimen que atravesarte en el camino de un hombre que corre con precipitación; de ti, pobre niño, lleno de ilusiones y esperanzas; que te sacrificas gozoso en las aras de la amistad y de la fraternidad?

¡Adiós, hermosos sueños de la juventud! ¡Adiós, hermano Fernando! ya no me podré unir á ti, ni servir en tu compañía como obscuro soldado.

¿Pero, por qué no huir? ¿Por qué no rendirse?

¡Oh! no, ¡imposible! primero morir que hacer un acto de cobardía.

¡Bien! ¡muy bien! ¡pobre niño! ¡honor á los nobles sentimientos!

Por fin, Gil Gómez sintió un agudo dolor en la muñeca derecha.

Y exhaló á su pesar un ligero grito: sin embargo, continuó defendiéndose todavía; pero de repente su mano falseó, y su adversario al notarle, giró un quite que lanzó su espada á algunos pasos de distancia.

Gil Gómez podía entonces haber huido ó haber suplicado, porque esta fuga ó esta súplica estaban hasta cierto punto justificadas, porque estaba herido y desarmado á merced de la cólera de su adversario. Pero esta determinación sólo podía caber en un corazón menos noble, menos valeroso que el suyo, así es que se

quedó de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando sereno al descomocido.

Pero éste, por otra parte, á pesar de que en la lucha había desplegado un furor extraordinario, parecía un hombre igualmente generoso, y al ver desarmado á su enemigo, bajo su espada en ademán de tregua.

Los dos permanecieron un momento silenciosos.

El incógnito rompió primero el silencio, preguntando con un acento verdaderamente amistoso y conciliador:

—Vamos, ¿diga Ud. por fin qué es lo que hacía en este lugar y á estas horas?

—¿Volveremos de nuevo á las andadas?—respondió el joven con su tono jovial,—¿no le he dicho á Ud. ya que me había detenido al ver esa luz pensando si debiera pedir hospitalidad por esta noche?

—Pues cualquiera día que acechaba Ud. y espía lo que dentro del curato pasaba.

—Maldito si me importa á mí nada de eso, cuando ni sé el nombre del pueblo en que me encuentre.

—¿Es cierto eso?

—Tan cierto como ser de noche; este pueblo se ha atravesado en mi camino, sin que yo haya venido á buscarle. ¿Es acaso San Miguel el Grande?

—No, ciertamente, y si error de tamaña distancia es cierto, no se puede afirmar que haya Ud. caminado alguna vez por estos países.

—Seguramente que no, puesto que vengo de tierras muy lejanas.

Había tal sello de franqueza en el juvenil acento de Gil Gómez, que el desconocido no pudo menos de convencerse que había obrado con demasiada precipitación con respecto á su juicio.

—**¿Me da Ud. su palabra de caballero** de que no es un espía y un denunciante, enviado por el Intendente de la provincia?; piénselo bien antes de hablar; si eso fuese, le perdonaré y le dejaré partir con la condición de no volver á ocuparse del Cura Hidalgo; pero si me engaña, ¡oh! entonces cuidado con el pellejo!

—Le juro á Ud. que ni sé de qué espionaje se trata; que soy un viajero cansado que anhela llegar á San Miguel el Grande y nada más, respondió Gil Gómez.

—Está bien, joven, lo creo á Ud. de buena fe.

—Gracias, caballero.

—¿Está Ud. herido?, preguntó el desconocido.

—Muy poco, es un ligero rasguño en la muñeca, según creo, aunque me ha hecho abandonar la espada hace un momento.

—Busquemos nuestros caballos, y penetremos en esa casa.

Y los dos viajeros, después de haber reconocido sus cabalgaduras, que sea por cansancio, sea por una completa indiferencia, se habian quedado quietas después de haber derribado á sus jinetes, se acercaron á la casa, á cuya puerta llamó el desconocido de una manera particular, como si fuese seña de antemano convenida entre él y los habitantes de ella.

—¿Es decir, que Ud. se dirigía á esta casa?, preguntó Gil Gómez.

—Sí, y por cierto que me ha hecho perder un cuarto de hora de un tiempo precioso en que he contado hasta los minutos.

—¿Quién es?, preguntó al cabo de un momento una voz ya trémula, aunque todavía enérgica, detrás de la puerta.

—Yo, señor Don Miguel, yo, el capitán Aldama, respondió el desconocido adversario de Gil Gómez.

La puerta se abrió con dificultad; poniendo á la vista de los desvelados viajeros á un anciano que llevaba un farolillo en la mano.

—Buenas noches, señor Capitán Aldama, ¿qué es lo que pasa? ¿qué lo trae á Ud. por aquí á horas tan avanzadas?

El viajero, cuyo nombre acabamos de saber, iba tal vez á responder apresuradamente á la pregunta del anciano; pe-

ro se detuvo haciéndole una señal de inteligencia y diciéndole con un acento al parecer perfectamente tranquilo é indiferente, señalando á Gil Gómez, que observaba con atención la noble fisonomía del anciano:

—Me atrevo á presentar á Ud. este valiente joven, y á demandar la hospitalidad para él en esta casa, porque está levemente herido.

El anciano levantó la cabeza, y á los resplandores de la lámpara lanzó una inteligente y franca fisonomía de Gil Gómez.

Este sintió sobre sí el magnetismo de aquella mirada ya apagada, aunque todavía ardiente; pero tuvo bastante sangre fría para sostenerla sin turbación.

El anciano debió leer en aquella fisonomía expresiva y juvenil, sentimientos nobles que le dieron confianza, porque dijo con un tono de benevolencia que encantó á Gil Gómez:

—Este joven puede alojarse en el curato y todo el tiempo que quiera, para lo cual voy á hacer que se le disponga una habitación y se le dé algún alimento.

Y el anciano, poniendo la lámpara en las manos del Capitán Aldama, se internó en la casa, diciendo en alta voz:

—¡Don Santos! ¡Don Santos!

—Mande Ud., señor Don Miguel, le res-

pondió una voz soñolienta, pero respetuosa.

Mientras que el anciano daba órdenes respectivas al alojamiento de Gil Gómez, el Capitán Aldama pudo á su vez observarlo á su sabor, aunque con más imprudencia y detención que aquél, puesto que alzó la linterna á la altura de su cara, mirándole fijamente por algún tiempo:

—Dispense Ud., amiguito, que lo haya tomado por un espía y haya pretendido tratarle como tal; pero como tiene Ud. la imprudencia de pararse en medio del camino de un hombre que corre precipitadamente en medio de una noche tan oscura.....

—Está Ud. completamente disculpado, señor Capitán; pero creo que su mal juicio con respecto á mí, se habrá desvanecido, porque un espía se habría rendido ó habría huído.

—Completamente, joven, y en lo sucesivo, cuente Ud. con mi amistad; pero está Ud. herido, y ya lo habíamos olvidado.

—No es gran cosa, señor Capitán, dijo Gil Gómez dejando ver su puño derecho enteramente ensangrentado, á tiempo que el anciano volvía á acercarse.

—¡Cómo! —dijo éste,—¿está Ud. herido? y yo lo había olvidado.